

La Federación de Rusia y el giro hacia Occidente: cambio discursivo y neorrevisionismo (2000-2008)

The Russian Federation and the Turn to the West: Discursive Change and Neo-Revisionism (2000-2008)

Alejandro Sánchez Barrera¹

UNED(España)

ORCID: <https://orcid.org/0009-0000-4112-5262>

Recibido: 18/06/2026

Aceptado: 30/07/2026

Resumen

Este artículo analiza la evolución de la política exterior rusa hacia Occidente entre 2000 y 2008 mediante un diseño cualitativo comparativo basado en *process tracing*. Se comparan dos discursos de Vladimir Putin –el del Bundestag (2001) y el de la Conferencia de Seguridad de Múnich (2007)– como indicadores empíricos del tránsito desde una lógica de integración condicionada hacia una postura neorrevisionista. La investigación sostiene, desde el realismo neoclásico, que este cambio responde a presiones sistémicas proyectadas a través de su política exterior y mediadas por su política doméstica. El giro se consolida en la guerra ruso-georgiana de 2008, cuyas prácticas de contestación violenta reaparecerían en Ucrania. Rusia no busca un orden internacional democrático, sino reivindicar su estatus de gran potencia y asegurar sus zonas de influencia.

Palabras-clave: política exterior rusa; Vladimir Putin; realismo neoclásico; neorrevisionismo; Europa

¹ (asanchez6104@alumno.uned.es). Alejandro Sánchez Barrera es doctor por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Su investigación se centra en el análisis de las Relaciones Internacionales desde la perspectiva de la teoría de las relaciones internacionales y la geopolítica, con especial atención a la transición de la unipolaridad hacia la multipolaridad, la competición entre grandes potencias, el interregno sistémico, los cinturones de fractura y la arquitectura de seguridad europea. Sus publicaciones analizan especialmente la política exterior de la Federación de Rusia y las transformaciones del orden internacional contemporáneo. Publicaciones: Sánchez Barrera, A. (2024). «La fragmentación geopolítica de la Unión Europea en la multipolaridad». *RESI. Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, 10(2), 47-65. (2025). «El impacto de la hegemonía liberal en el escenario internacional (1989-2014)». En Andrés de Castro García (coord.), *La competición entre las grandes potencias: Multipolaridad reflejada en los escenarios regionales* (pp. 57-76). Tirant lo Blanch. (2025). Reseña de *The Ukraine War and the Eurasian World Order*, de Glenn Diesen. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 139.

Abstract

This article analyzes the evolution of Russian foreign policy towards the West between 2000 and 2008 through a qualitative comparative design based on process tracing. Two speeches by Vladimir Putin, the Bundestag address (2001) and the Munich Security Conference speech (2007) are compared as empirical indicators of the transition from a logic of conditioned integration towards a neo-revisionist stance. From a neoclassical realist perspective, the research argues that this change responds to systemic pressures projected through its foreign policy and mediated by its domestic policy. The shift consolidates in the 2008 Russo-Georgian war, whose practices of violent contestation would reappear in Ukraine. Russia does not seek a democratic international order, but rather to reclaim its great power status and secure its spheres of influence.

Keywords: Russian foreign policy; Vladimir Putin; neoclassical realism; neo-revisionism; Europe.

1. Introducción

Desde una perspectiva diacrónica, la evolución de la política exterior de la Federación de Rusia hacia sus vecinos europeos ha evidenciado un patrón de creciente tensión y erosión heredados del periodo posterior a la Guerra Fría. En este *continuum* de confrontación, el denominado giro hacia Occidente emprendido por Kiev en 2014 constituye un hito insoslayable, en tanto que catalizador de la fractura definitiva del orden de seguridad regional postsoviético. En los años recientes, Rusia ha protagonizado repetidos choques con la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), cuyas sucesivas ampliaciones han sido denunciadas por Moscú como una amenaza existencial para su seguridad. A ello se suman las ampliaciones de la Unión Europea (UE) y las sanciones económicas impuestas tras la anexión ilegal de Crimea, factores que han contribuido a su paulatino alejamiento.

No obstante, una lectura exclusivamente centrada en las presiones exógenas provenientes del sistema internacional ofrece una imagen incompleta del cambio estratégico de Rusia en los últimos años. Para comprender la naturaleza profunda de esta deriva contestataria, el presente artículo se propone examinar la reconfiguración de la política exterior rusa durante el primer decenio del siglo XXI, un periodo en el que se ha considerado que transita desde una lógica de integración condicionada con el resto de Europa hacia una postura cada vez más reactiva.

A efectos de dar a esta investigación un anclaje empírico que pueda ser contrastado, se recurre al análisis verificable de dos discursos que se han

considerado como los más paradigmáticos pronunciados por el presidente Vladimir Putin: su discurso ante el Bundestag alemán en septiembre del 2001, fue conciliador e idealista; y su posterior intervención en la Conferencia de Seguridad de Múnich (CSM) en febrero de 2007, asertivo y neorrevisionista. Cabe subrayar que dichas piezas no serán tratadas aquí como justificación *ex post facto* de la política del Kremlin, sino como indicadores empíricos de un cambio en el seno del Estado ruso; constituyen, por tanto, la manifestación discursiva de un cambio más profundo en la autopercepción y proyección de Rusia como actor internacional.

La investigación parte de la hipótesis de que existen variaciones significativas entre sus discursos de 2001 y 2007 –no meramente retóricas– que revelan una transformación sustancial en la concepción rusa del orden internacional y del lugar que en él ocupa. Tras ello, el breve arco temporal que discurre entre febrero de 2007 y agosto de 2008 constituye, en este sentido, un parteaguas en la expresión del malestar ruso frente al orden de seguridad europeo realmente existente (Hill, 2018: 238; Hill, 2022). La guerra ruso-georgiana no fue, por tanto, un episodio aislado, sino el laboratorio en el que Rusia testó los límites del orden de seguridad europeo y ensayó las prácticas de contestación violenta que reaparecerían, a mayor escala en 2014.

2. Marco teórico-metodológico

La investigación se articula a partir de un diseño cualitativo de carácter comparativo basado en el *process tracing*, orientado a identificar continuidades y cambios en la política exterior de Rusia hacia Occidente en el periodo comprendido entre comienzos de la década de los 2000 y finales de la misma. El diseño metodológico combina la revisión bibliográfica de fuentes expertas con el análisis de fuentes primarias.

Respecto al marco teórico, este se basará fundamentalmente en el realismo neoclásico, el cual combina elementos del realismo clásico y el neorrealismo, añadiendo nuevos niveles de análisis. Este puede ser particularmente útil para el análisis de la política exterior rusa debido al arraigo que este marco teórico tiene en el país (Morales, 2019: 160; Sánchez Ortega, 2020: 166).

El realismo neoclásico incorpora al análisis tanto variables internas como externas. Su objetivo es tratar de “explicar las variaciones en política exterior del mismo Estado a lo largo del tiempo o entre diferentes Estados que enfrentan restricciones externas similares” (Lobell et al., 2009: 21). Por ende, el realismo neoclásico no es una teoría pura del orden internacional, sino una teoría de la política exterior. Esto se debe a que no pretende explicar patrones que se repiten en las dinámicas sistémicas, sino que una hipótesis realista neoclásica

busca explicar las respuestas de Estados particulares ante los condicionantes sistémicos (Lobell et al., 2009: 21).

El artículo propone exponer los resultados que los cambios en lo que Ríos Sierra (2024: 299) ha denominado “vectores de la distribución asimétrica de las fuerzas estatales” sobre Rusia –la variable independiente–, unidos a las transformaciones en las capacidades internas, tales como la reconstitución de la autoridad estatal junto a reformas de mercado e integración económica internacional –la variable interviniente– (Sakwa, 2008: 472), generaron un aumento de la percepción de capacidad entre las élites rusas y, finalmente, una modificación de la política exterior respecto a Occidente –variable dependiente– (Sánchez Ortega, 2020).

En primer lugar, se ha llevado a cabo una revisión de la literatura especializada sobre política exterior rusa, así como sobre la evolución del sistema internacional posterior a la Guerra Fría y su impacto en la configuración de las preferencias estratégicas de Rusia. Esta revisión permite establecer el marco teórico del trabajo, prestando especial atención a enfoques centrados en las élites, identidad, la cultura estratégica y, las relaciones Estado y sociedad (Lobell et al., 2016: 58-79).

En segundo lugar, el análisis empírico se basa en un conjunto de fuentes primarias seleccionadas por su relevancia estratégica y representatividad. En concreto, se examinan los *Foreign Policy Concepts* de 2000 y 2008, junto con las dos intervenciones mencionadas. Estos documentos se consideran casos críticos en la medida en que condensan, en momentos distintos, las principales orientaciones discursivas y estratégicas del liderazgo ruso en relación con Occidente.

El análisis se desarrolla mediante una aproximación cualitativa al discurso, centrada en la identificación de patrones de continuidad y cambio en varias dimensiones analíticas previamente definidas: los fundamentos de la concepción rusa de gran potencia (*derzhava*), así como su posicionamiento frente a la OTAN y la UE. A través de estas categorías, se busca sistematizar la comparación entre los distintos textos y evitar una lectura meramente descriptiva.

Desde el punto de vista epistemológico, el estudio adopta un enfoque interpretativo orientado a reconstruir las racionalidades estratégicas subyacentes a los discursos y documentos analizados. Este posicionamiento implica una actitud comprensiva –dialógica– respecto a las motivaciones y percepciones de los actores, sin que ello suponga una validación de estas (Sakwa, 2016: XIV).

En última instancia, recurrir al *process tracing* permite reconstruir la secuencia causal mediante la cual las transformaciones del entorno internacional fueron filtradas por las capacidades internas del Estado ruso hasta traducirse en un cambio de orientación de su política exterior, sin perder la referencia de

dos acontecimientos como son la anexión de Crimea en 2014 y la invasión de Ucrania en 2022, excluidos del proceso analizado.

3. El giro discursivo de Putin: del Bundestag (2001) a Múnich (2007)

La trayectoria política de Vladímir Putin resulta inseparable del desarrollo institucional y la configuración exterior de la Rusia de inicios de siglo. Designado primer ministro en agosto de 1999, fue nombrado presidente en funciones por Boris Yeltsin. Como apunta Richard Sakwa, la interdependencia entre la política exterior y la doméstica en la era postcomunista nunca había estado tan explícitamente ligada (2008: 365). La presente sección se centra fundamentalmente en una comparación empírica positivizada en dos textos discursivos separados por un periodo de apenas seis años, cuando ya había pasado casi una década desde la caída de la URSS. Resultó ser un clima marcado por el inicio de la lucha contra el terrorismo, percibido como una amenaza compartida internacionalmente tras los atentados del 11 de septiembre. De hecho, fue el propio Putin el primer líder en expresar sus condolencias a George W. Bush tras los sucesos (Putin, 2001). Además, ofreció ayuda a Washington, permitiéndole establecer bases militares en Asia Central y brindándole información para la conducción de la guerra en Afganistán (Sakwa, 2023: 93). En ese momento, las élites dirigentes rusas aprovecharon el clima internacional favorable para recuperar su estatus internacional, anteponiendo la reforma económica, la integración en el sistema y el acercamiento a Washington respecto a la lucha contra el terrorismo. Por esa razón, la política exterior estuvo inicialmente sujeta a las necesidades de reforma interna por encima de cualquier ambición global, aunque esta relación se buscó que fuese más equilibrada (Sakwa, 2008: 366).

El estilo de liderazgo de Putin muestra una serie de continuidades, pero lo más fascinante aparece en sus cambios respecto a la relación con Occidente, alimentados por una sinergia entre transformaciones domésticas y presiones del propio sistema. En la presente investigación se ha dado prioridad a las relaciones de Rusia con Occidente. No obstante, huelga señalar que la política exterior rusa no solo se ha centrado en manejar la relación con este, sino también en recuperar una predominancia en el espacio euroasiático y en la prioridad del desarrollo económico.

Los posicionamientos de Primakov fueron posteriormente designados como doctrina por quien acabaría liderando la política exterior desde el Kremlin a partir de 2004, Serguéi Lavrov, en una entrevista concedida a la cadena estatal VGTRK (2014). La llegada de Primakov al Ministerio de Asuntos Exteriores supuso un giro hacia posturas nacionalistas, en contraposición a la orientación

liberal-occidentalista encabezada por Kozyrev (1990-1996) (Morales, 2020: 467). Primakov propuso una política exterior multivectorial en las que una serie de economías emergentes –Rusia, India y China– constituyeran un eje de conveniencia que actuara como contrapeso a la hegemonía estadounidense. Este alineamiento táctico sería el germen del futuro BRICS+.

Su etapa como ministro y, después, como primer ministro durante los gobiernos de Yeltsin se basó principalmente en un enfoque teórico realista: su objetivo prioritario era que Rusia recuperara su estatus de *derzhava* dentro de un sistema morfológicamente multipolar en el que EEUU no pudiera imponer su hegemonía (Morales, 2019: 153). Para Primakov, la expansión de la OTAN –entendida como amenaza a la seguridad ontológica de Rusia– no le preocupaba exclusivamente en el plano militar. El peligro no residía tanto en una posible invasión del país como en el plano geopolítico: la Alianza podía actuar como un freno para que Rusia se constituyera en un actor influyente y en un polo de poder más en la reconfiguración del sistema internacional, tendente a la multipolaridad (Primakov, 2005: 208-209; Rumer, 2019).

Con la llegada de Putin al gobierno, Igor Ivanov se mantuvo al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores, conservando elementos del pragmatismo de Primakov (Sakwa, 2008: 371). Dicho esto, dos han sido los objetivos fundamentales del presidente ruso: preservar la unidad del país y restaurar el estatus de potencia. Ello indica que el legado de Putin en política exterior ha sido amplio, pues ha debido desenvolverse en una coyuntura compleja que le ha llevado a tomar decisiones en apariencia contradictorias; sin embargo, esos dos objetivos se han mantenido siempre presentes (Trenin, 2019).

En junio de 2000, Rusia adoptó su *Foreign Policy Concept* (FPC), un documento que no solo introducía los ajustes necesarios para adaptar la política exterior a los nuevos cambios que se estaban produciendo en el mundo, sino que el propio Ivanov lo calificó como más realista en comparación con el concepto de 1993, elaborado por su predecesor (RFE/RL, 2000). No obstante, muchos de los elementos que el concepto del 2000 plantea estaban ahí previamente (Sakwa, 2008: 372).

El inicio de la presidencia de Putin se caracterizó por unas “relaciones relativamente positivas con los países occidentales” (Morales, 2020: 468). El FPC del 2000 reconoce la relevancia de la OTAN en el continente europeo y aboga por mantener con la Alianza una relación de cooperación e interacción constructiva, orientada a preservar la seguridad y la estabilidad regional. Para ello, el documento recupera como marco de referencia el Acta Fundacional sobre Relaciones Mutuas, Cooperación y Seguridad OTAN-Rusia de 1997. No obstante, dicha colaboración queda supeditada al respeto de cláusulas fundamentales, entre las que se incluyen la no utilización de la fuerza, así como la no acumulación o despliegue de fuerzas convencionales, armas nucleares y

sus vectores de lanzamiento en los territorios de los nuevos miembros (Russian Federation, 2000).

Sin embargo, el documento no oculta las tensiones inherentes a esta relación. En primer lugar, evidencia que la incompatibilidad entre los intereses de ambas partes no responde a desacuerdos puntuales y subsanables, sino a factores de índole estructural. Esta incompatibilidad deriva del concepto estratégico de la OTAN adoptado en Washington en 1999, cuyas disposiciones político-militares chocan con los intereses de seguridad rusos (Russian Federation, 2000). De ahí que, si bien el FPC reconoce la importancia de la Alianza, la élite dirigente también es consciente de que su evolución puede afectar directamente al objetivo ruso de reconstituirse como gran potencia.

En segundo lugar, el documento retoma una crítica en relación con el uso de la fuerza sin autorización previa del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) (Russian Federation, 2000). Se trata de una reacción explícita al precedente de Kosovo (1999). El Kremlin cae en lo que se ha llamado síndrome Kosovo, es decir, la constatación de que no va a recuperar su poder en el plano internacional. De esta manera, se materializa el momento unipolar en el que la ONU queda relegada a un plano residual en favor de una serie de instituciones occidentales de las que Moscú no es partícipe. Además, Rusia, así, pierde la capacidad de derecho de veto en el Consejo de Seguridad como miembro permanente, considera que se está eludiendo una competencia que legítimamente le corresponde (Sánchez Ortega, 2020: 170).

En tercer lugar, el FPC de 2000 ya se opone a la expansión de la OTAN, al considerar que viola el respeto debido a los intereses de las partes. Acto seguido, el documento propone establecer relaciones con los países más influyentes de Europa Occidental –Gran Bretaña, Alemania, Italia y Francia–, a los que considera un recurso importante para la consecución de los intereses nacionales rusos, especialmente en lo relativo al crecimiento económico (Russian Federation, 2000). En su estrategia, Putin recurrió a las reuniones trilaterales con Francia y Alemania, buscando activar el eje ParísBerlínMoscú. Este espacio de concertación encontró un sólido punto de consenso en la oposición a la invasión de Irak emprendida por la administración Bush en 2003. El hecho ponía de manifiesto que Occidente estaba lejos de ser monolítico: mientras las potencias de la “vieja Europa” –Francia y Alemania– se opusieron a la intervención, los países de la llamada “nueva Europa” [del Este] la acogieron favorablemente (Sakwa, 2023: 85; Sánchez Ortega, 2020: 172).

Según Sergey Yastrzhembsky, exsecretario de prensa del Kremlin, el deterioro de las relaciones entre Rusia y el resto de Europa se vio condicionado por la adhesión de los antiguos países del bloque del Este, que introdujeron en el continente un clima de “rusofobia” (Sakwa, 2016: 31). Estos Estados llevaron a cabo un proceso de retorno a Europa condicionado por el despliegue

de dispositivos de poder desde el centro ubicado en Bruselas –sede tanto de la OTAN como de la UE–, desde donde se articularon una serie de círculos concéntricos en una división centroperiferia. Dichos dispositivos combinan una conjunción arquetípica de políticas neoliberales con una visión estrecha y maniquea de la democracia y los derechos humanos (Forsberg & Patomäki, 2022: 35). Si bien Rusia no estaba dispuesta a condicionar su autonomía, sí existía un compromiso por lograr “combinar de manera natural los principios de una economía de mercado y la democracia con las realidades de Rusia” (Putin, 2005: 225).

Mientras la parte rusa consideraba que se avanzaba hacia una suerte de Gran Europa o sistema de seguridad paneuropeo –similar a la propuesta de Gorbachov de la “casa común europea”–, el resto de Europa se orientaba, por el contrario, hacia una Europa ampliada, burocratizada y sustentada en una concepción monista del orden continental (Sakwa, 2016; 2020; 2023).

3.1. El discurso en el Bundestag (2001): integración

El 25 de septiembre de 2001, Putin pronunció un discurso en alemán ante el Bundestag. Probablemente adquirió el dominio de esa lengua durante su destino en Dresde, entre 1985 y 1990, cuando servía en la oficina de inteligencia local. Putin pertenece, así, al grupo de políticos rusos provenientes de los servicios de seguridad, defensa e inteligencia conocidos como *siloviki* (Forsberg & Patomäki, 2022: 28). No resulta aventurado sostener que la presencia continuada de estos individuos –formados en el contexto de confrontación con Occidente– en instituciones y puestos de relevancia puede favorecer una cierta continuidad histórica y cultural con respecto a la época soviética, continuidad que, a su vez, encuentra expresión en el comportamiento internacional actual de Rusia. Desde esta perspectiva, los años previos de acercamiento a Occidente se interpretarían, fundamentalmente, como una fase necesaria para que Rusia recuperara las condiciones que le permitieran reemerger (McFaul, 2020: 96-97). Esta lectura, sin embargo, no está exenta del riesgo de incurrir en un sesgo de *certeza retrospectiva*, aunque el devenir de los acontecimientos parezca apoyar dicha interpretación. La pertenencia a los *siloviki* denota un compromiso con la continuidad y la estabilidad del Estado, independientemente de la forma concreta que este adopte.

No es posible determinar con certeza si el empleo del alemán por parte de Putin respondió a un mero recurso retórico destinado a captar la atención de su audiencia o, por el contrario, a un gesto deliberado de acercamiento político. En cualquier caso, la elección idiomática parecía expresar una voluntad clara de estrechar lazos con Alemania. La política exterior rusa abandona los postulados prooccidentales de la doctrina Kozyrev, pero persiste una disposición favorable

u oportunista a explorar fórmulas de entendimiento con el resto Europa.

Dicho esto, el momento debe también interpretarse en una continuidad heredada de Gorbachov, proceso en el que rusos y europeos llegaron a imaginar públicamente la posibilidad de una arquitectura común de seguridad, aunque sin definir con precisión sus reglas, jerarquías ni mecanismos de funcionamiento. Bajo Putin, esa sensibilidad europeísta comenzó a coexistir con una orientación exterior más pragmática, próxima, en lo esencial, a los postulados de Yevgeny Primakov.

En este sentido, las posiciones prooccidentales fueron siendo sustituidas por una estrategia multivectorial –orientada a diversificar vínculos y socios– (Forsberg & Haukkala, 2018: 270). No obstante, ello no implica que Putin careciese en ese momento de una cierta vocación europea ni que no existiera un clima de relativo optimismo respecto a una posible aproximación entre Rusia y la UE, trabajando desde 1994 con el Acuerdo de Asociación y Cooperación que entró en vigor en 1997 (Milosevich-Juaristi, 2018). Estos posicionamientos reflejaban a una Rusia todavía debilitada, limitada por sus capacidades materiales, pero cada vez más consciente de la necesidad de evitar su marginación internacional y de adoptar gradualmente una postura más asertiva. Autoafirmación que le permitiese hacer valer sus posturas en sus relaciones especiales con la UE, la OTAN y el G8. Rusia quedaría subordinada a las decisiones del resto de Estados del *Occidente metafísico*, careciendo por completo de capacidad decisoria.

Un análisis en profundidad del discurso de Putin revela una tensión latente entre Rusia y las organizaciones occidentales, tensión que ha atravesado todo el proceso de reconfiguración postsoviética. En su intervención, el presidente ruso señala: “seguimos viviendo en el antiguo sistema de valores. Hablamos de una alianza, pero, en realidad, aún no hemos aprendido a confiar los unos en los otros” (Putin, 2001: 3-4). Aunque el lenguaje predominante es cooperante: “hemos ratificado el Tratado de Prohibición Completa de los Ensayos Nucleares (TPCE), el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP), la Convención sobre Armas Biológicas (CAB) y el Tratado STARTII” (Putin, 2001: 3), Putin introduce un matiz desconfiado al continuar: “lamentablemente, no todos los países de la OTAN han seguido nuestro ejemplo” (2001: 3). Esta afirmación resulta, cuando menos, problemática. El único país miembro de la OTAN que no ha ratificado el TPCE en el momento del discurso es EEUU, mientras que el STARTII es un tratado bilateral entre Rusia y EEUU, que fue ratificado por ambas partes en 1996 y 2000, respectivamente. En cuanto al TNP y la CAB, la pertenencia a la OTAN no exige su ratificación, aunque en 2001 los diecinueve miembros de la Alianza ya los habían suscrito. Por tanto, la queja de Putin parece apuntar más a una desconfianza generalizada que a un incumplimiento concreto de compromisos multi y/o bilaterales.

Putin respecto a la integración europea: “no solo apoyamos estos procesos, sino que los contemplamos con esperanza” (2001: 2). Y es que todo apunta a que Rusia pretendía desarrollar una cooperación aún más estrecha con la UE, poniendo grandes esfuerzos en los Cuatro Espacios Comunes. La redacción sobre los contenidos comenzó en el año 2001 y fue aceptado el documento en el 2003 concretamente en la Cumbre de San Petersburgo. Los Cuatro Espacios Comunes incluían: economía; libertad, seguridad y justicia; seguridad exterior; y educación (Forsberg & Haukkala, 2018: 271).

En conclusión, el discurso pronunciado por Putin a comienzos de siglo reflejaba, de manera relativamente nítida, una orientación favorable a la integración europea y a la posible configuración de un centro de poder común entre Rusia y el resto de Europa. Esta disposición no era meramente retórica, sino que queda reflejada en documentos programáticos como el FPC de 2000, donde se afirmaba que las relaciones con los Estados europeos constituían una prioridad tradicional y que el objetivo principal residía en la construcción de un sistema estable y democrático de seguridad y cooperación en Europa. En este sentido, una primera lectura permite sostener que la política exterior rusa de la época presentaba un sesgo claramente europeísta, coherente con la voluntad de inserción en las estructuras, respaldado por su posterior constitución de los Cuatro Espacios Comunes.

Ahora bien, esta vocación integradora coexistía con una aspiración más ambiciosa: no tanto la integración subordinada en un orden definido por Occidente, como la conformación de un gran espacio europeo en el que Rusia actuase como actor clave. Las élites rusas tendieron a concebir a Rusia y Europa como partes de un mismo polo, capaz de articularse como centro de poder autónomo (Kortunov, 2019):

Simplemente opino que Europa consolidará su reputación como un centro político mundial fuerte y verdaderamente independiente, de forma sólida y duradera, si logra aunar su propio potencial con el de Rusia, incluyendo sus recursos humanos, territoriales y naturales, así como su potencial económico, cultural y de defensa (Putin, 2001: 3).

Sin embargo, esta apuesta por una Gran Europa (Sakwa, 2016; 2020; 2023) descansaba sobre presupuestos que difícilmente podían conciliarse con la arquitectura institucional existente, caracterizada por marcadas asimetrías en la distribución del poder y por la primacía decisional de EEUU, principalmente. De este modo, el discurso de 2001 condensaba una ambivalencia fundamental: por un lado, expresaba una voluntad genuina de acercamiento e integración; por otro, anticipaba ya los límites existentes de dicha integración en ausencia de un reconocimiento efectivo del estatus de Rusia. En definitiva, más que un simple gesto europeísta, la intervención de Putin puede interpretarse como

el intento de redefinir los términos de la relación entre Rusia y Europa sobre bases de mayor reciprocidad, un objetivo que, a la luz de la evolución posterior, encontró grandes resistencias. A pesar de ello, Putin siguió recurriendo a este marco incluso en medio de la crisis ucraniana de abril de 2014 cuando declaró:

Todos somos personas de la misma civilización. Si, somos diferentes, tenemos nuestras diferencias, pero nuestros valores fundamentales son los mismos. Creo que, sin duda, deberíamos intentar crear una Europa desde Lisboa hasta Vladivostok. Si lo logramos, tendremos la oportunidad de ocupar un lugar digno en el mundo del futuro. Si elegimos otro camino, si dividimos Europa, los valores europeos y los pueblos europeos, y nos entregamos al separatismo en el sentido más amplio de la palabra, todos seremos actores insignificantes de poco interés para cualquiera y no podremos ejercer ninguna influencia en el desarrollo global ni siquiera en el nuestro propio (Putin, 2014).

En esta primera etapa de Putin se evidencia su predisposición más integradora pues parece que Rusia suponía que una cooperación más estrecha con Europa le otorgaría el estatus de gran potencia. De alguna manera, similar a lo que ocurrió en el Concierto europeo en el siglo XIX (Sánchez Ortega, 2020: 165). Sin embargo, al no cumplirse tal expectativa sus posicionamientos irán paulatinamente tornando a más asertivos.

3.2. El discurso de la Conferencia de Seguridad de Múnich (2007): asertividad

La evolución del pensamiento estratégico ruso –de una aproximación inicial a la UE y OTAN hacia una posición asertiva– derivó, tras Irak en 2003, en lo que Sakwa denominó potencia neorrevisionista.

Sánchez Ortega define al Estado revisionista como aquel que rechaza las normas internacionales y participa activamente en el desmembramiento del orden (2020: 164). Sakwa, sin embargo, ofrece una dualidad más matizada: Rusia no cuestionaba inicialmente los fundamentos del orden liberal liderado por EEUU, pero su búsqueda de reconocimiento de estatus la llevó a chocar con un orden centrado en el dominio de este (2016: 216). Rusia recurre al universalismo del derecho internacional como instrumento para poner límites a la potencia dominante, hasta que esté en condiciones de confrontarla.

Ahora bien, este giro no supuso un rechazo total del orden internacional, sino una contestación selectiva a aquellos elementos que la élite rusa considera incompatibles con sus intereses nacionales y su estatus autopercebido, así como una reivindicación de las normas preexistentes. En otras palabras, este revisionismo no aspira a forjar un sistema alternativo, sino a hacer valer las reglas ya establecidas (Sakwa, 2016: 30-31).

En todo este proceso, los responsables de la política exterior fueron adoptando un posicionamiento cada vez más asertivo el cual fue alimentado por una serie de factores concurrentes: en primer lugar, la indignación que le generó la acción unilateral anglo-estadounidense. De nuevo, Washington volvía a saltarse el Consejo de Seguridad, actuando contra los otros tres miembros permanentes y, con ello privando a Rusia del ejercicio efectivo del derecho de veto que reclama como propio e inseparable a su estatus. La invasión de Irak estableció un precedente problemático, al reconocer abiertamente la desigualdad soberana entre los Estados (Diesen, 2024). De hecho, la narrativa de la defensa de la soberanía (McFaul, 2020: 110-111) se convertirá en un elemento clave dentro de algo así como una línea política poco definida: el putinismo (Morales, 2020: 47). Además, el derrocamiento de Saddam Hussein amenazaba inicialmente a las petroleras rusas –Lukoil en particular– con la pérdida del mercado iraquí y el acceso a sus recursos. Sin embargo, pronto recuperaron sus posiciones y retomaron la inversión en proyectos anteriores (Lukyanov, 2014).

En segundo lugar, junto al progresivo deterioro de las relaciones con la UE –en parte atribuible a la tendencia de Bruselas a establecer criterios taxonómicos sobre qué países podían ser considerados plenamente “europeos” (Sakwa, 2016: 30)–, la radicalización de las posiciones rusas contra la invasión de Irak respondió también a la influencia del presidente francés, Jacques Chirac, principal opositor a la intervención. Putin calculó que alinearse con Chirac y con el canciller alemán, Gerhard Schröder –otro crítico de la administración Bush– podría traducirse en una mejora cualitativa de las relaciones con la UE. En consecuencia, Rusia no se opuso a Occidente en su conjunto, sino que tomó partido dentro de una fractura interna del bloque occidental (Lukyanov, 2014).

Por último, el crecimiento económico de los últimos años derivado del aumento del precio del petróleo y otras materias primas en los mercados mundiales (Forsberg & Patomäki, 2023: 21). Los ingresos extraordinarios de las exportaciones energéticas dotaron a Moscú de un mayor margen de maniobra, pues se vieron traducidos en una mejora de las condiciones materiales de la población rusa (Sakwa, 2017: 9). Se recuperaron los índices de producción de la era soviética y se consiguió estabilizar la sociedad rusa tras el *shock* de los noventa lo que supuso un balón de oxígeno para el gobierno de Putin (Forsberg & Patomäki, 2023: 23). Estos hechos permitieron a Rusia reforzar de manera limitada su acción exterior y poder permitirse una posición más asertiva (Sakwa, 2016: 30).

En definitiva, la recuperación económica reforzó la capacidad del Estado para transformar las presiones sistémicas en una política exterior más asertiva, al aumentar el margen de maniobra del liderazgo político y fortalecer su percepción de capacidad.

Irak fue un *nodal point* (Forsberg & Patomäki, 2023: 22) y primer eslabón de una tendencia: la promoción occidental de la democracia como justificación de intervenciones, precursora de las revoluciones de colores en Georgia (2003) y Ucrania (2004) (Lukyanov, 2014; Sakwa, 2016: 198; Forsberg & Patomäki, 2023: 22-23).

Las revoluciones de colores fueron interpretadas por la élite rusa como un intento de los EEUU, la OTAN y la UE de expansión hacia al este. De esta manera, un lugar común en la literatura especializada ha sido señalar la expansión de la OTAN hacia el *extranjero cercano* ruso (*blizhneye zarubezhye*) como uno de los posibles catalizadores de la beligerancia rusa (Kennan, 1997; Carpenter & Stone, 1997; Mearsheimer, 2014; Sakwa, 2016; Sarotte, 2021; Forsberg y Patomäki, 2023; Diesen, 2024). En esta línea, Mearsheimer (2014) formuló intuiciones analíticas pertinentes sobre la crisis ucraniana al subrayar cómo la ampliación de las estructuras de seguridad occidentales fueron percibidas en Moscú como una amenaza existencial a su seguridad. Sin embargo, su interpretación, al centrarse en el conflicto entre visiones ideológicas –particularmente en torno a la promoción de valores universales asociados al liberalismo y la democracia– tiende a sobredimensionar el papel de dichas ideas como causa principal del conflicto, lectura que comparte con Sakwa (2016). Como han señalado Patomäki y Forsberg (2023), tales apelaciones suelen operar más bien como velos discursivos que encubren intereses materiales de carácter económico y geoestratégico.

En su intervención en la CSM de 2007, Vladimir Putin desplegó una crítica al orden internacional post-Guerra Fría, primero denunciando la falta de defensa de seguridad colectiva, para relacionar la unipolaridad como intrínsecamente incompatible con la democracia. El argumento parte de la constatación de la pervivencia de estructuras mentales propias del enfrentamiento bipolar: “Me refiero a los estereotipos ideológicos, la doble moral y otros aspectos típicos del pensamiento de bloque de la Guerra Fría” (Putin, 2007: 2). Para el mandatario ruso, el momento unipolar no había llegado a constatararse como un sistema legítimo, sino como una concentración de poder en: “un centro de autoridad, un centro de fuerza, un centro de toma de decisiones” (Putin, 2007: 2), en el que un único soberano –EEUU– actúa como amo. De esta organización del sistema internacional deriva una paradoja que Putin formuló en términos de incoherencia total: se impartían lecciones de democracia a Rusia mientras el sistema internacional mismo se sustraía a toda lógica democrática. “Por cierto, a Rusia (...) se nos enseña constantemente lo que es la democracia. Pero por alguna razón los que nos enseñan no quieren aprender ellos mismos” (Putin, 2007: 2).

La maniobra discursiva resulta característica del *whataboutism*, práctica consistente en replicar las acusaciones imputando al oponente una falta

simétrica o aún mayor, recurriendo de manera sistemática a la denuncia de los dobles estándares (Forsberg y Patomäki, 2023: 26-27). Con todo, reducir esta estrategia a un mero ejercicio de contraacusación implicaría ignorar su dimensión causal: los dobles estándares no solo constituyen un problema moral, sino que erosionan la credibilidad y la legitimidad de las normas que se pretenden comunes. Es precisamente este socavamiento de la normatividad compartida el que caracteriza el momento actual, en el que las reglas del orden internacional han perdido en buena medida su fuerza vinculante (Forsberg y Patomäki, 2023: 28-29). Putin localiza, por tanto, el déficit democrático en la esfera internacional—en la conducta de Occidente—, mientras que las democracias liberales señalan el déficit en el plano doméstico ruso. Se configuran así dos planos de legitimación que dificultan cualquier diálogo sobre la universalidad de los principios.

Dicho esto, el debate permite un refinamiento ulterior. Richard Sakwa (2022: 108) ha sostenido que la crisis ucraniana representó la victoria de una visión monista de Europa, empeñada en imponer un modelo exclusivista de europeidad articulado en torno al eje euroatlántico. En su diagnóstico, el exclusivismo occidental y las narrativas unidimensionales sobre el conflicto, así como sobre el orden internacional en su conjunto, constituyen causas eficientes de la actual confrontación, hasta el punto de que la guerra en Ucrania opera como *caja de resonancia* de una pugna en instancias superiores (Veiga, 2022). Ahora bien, como se ha señalado, la reivindicación del pluralismo en el exterior que Sakwa reconoce en Rusia convive con un monismo *ad intra* que el autor tiende a omitir (Ruiz-Ramas, 2016: 21).

La cuestión de fondo, más que dilucidar si cabe exigir democratización del sistema internacional a quien carece de ella en el interior, reside en el contenido real del proyecto ruso. Rusia no propugna un orden en el que todos los Estados gocen de igualdad soberana y capacidad efectiva de defender sus intereses. Antes bien, reivindica una esfera de influencia basada en una suerte de derecho natural que otorgaría a las grandes potencias la legitimidad para ejercer, de facto, su potestad sobre una región determinada (Ruiz-Ramas, 2016: 19). Rusia no propugna un orden de igualdad soberana, sino una esfera de influencia basada en un derecho natural de las grandes potencias. Su visión apunta a un concierto de grandes potencias —una oligarquía— donde la jerarquía de capacidades se traduce en autoridad. La denuncia del unipolarismo oculta una propuesta que aspira a sustituir un centro de poder por una gobernanza compartida entre unos pocos (Ruiz-Ramas, 2016: 19).

Durante el turno de preguntas, se sometió a discusión la paulatina expansión de la OTAN hacia el este, planteándose una tensión no resuelta entre la percepción rusa de amenaza y el derecho a la libre autodeterminación de los Estados que optaron por adherirse a la Alianza. Ambos planos no son

excluyentes, sino que coexisten como vectores contrapuestos de un mismo dilema de seguridad. La respuesta de Putin articuló una doble línea de objeción. En primer término, denunció la violación de supuestas garantías verbales que, según sostuvo, habrían asegurado que la OTAN no se extendería más allá del río Spree. Aun prescindiendo de la controversia histórica sobre la existencia de dichas garantías, el argumento central adquirió un cariz estructural: la OTAN no es una organización universal, como lo es la ONU, sino “ante todo una alianza militar y política, ¡militar y política!” (Putin, 2007: 9), y la instalación de infraestructura militar en las fronteras rusas durante su ampliación constituye una amenaza directa, sin que se haya ofrecido justificación alguna.

Con independencia de que la amenaza ontológica invocada por Moscú pueda calificarse de objetivamente real o de narrativamente constituida, la percepción de cerco estratégico opera como un factor causal de primer orden en la ulterior definición de la política exterior rusa. El objetivo es demostrar cómo los discursos construyen realidades sociales. Cuando una idea se proyecta de forma imperativa, genera efectos tangibles; en este caso, la sociedad rusa se ha estructurado e institucionalizado adoptando dicha premisa como un hecho dado. Además, dicha retórica, permitirá a Rusia operacionalizar el enfrentamiento contra Ucrania como acción defensiva.

Por último, examinar el breve arco temporal que media entre marzo de 2007 y agosto de 2008, pero antes, la confrontación queda meridianamente plasmada en el FPC de 2008: la mención a Occidente y Europa pasa a ser superflua, pues frente a las dieciséis referencias a “Europa” en el concepto de 2000, el de 2008 apenas la menciona dos veces. Para Rusia, la competencia global se redefine ahora en términos civilizatorios –como competencia entre sistemas de valores y modelos de desarrollo–, donde el factor decisivo será la cuestión religiosa y cultural (Russian Federation, 2008: 3-4). Si bien el centro de esta investigación se ha circunscrito al análisis de dos discursos paradigmáticos de Putin, la interpretación cabal de su significado exige incorporar cuatro acontecimientos que jalonan ese período: las elecciones legislativas y presidenciales rusas –diciembre de 2007 y marzo de 2008–, la Cumbre de la OTAN en Bucarest y la guerra ruso-georgiana de agosto de 2008.

4. El bienio 2007-08: elecciones, OTAN y la guerra ruso-georgiana

Desde la perspectiva rusa, las revoluciones de colores operaron como un estímulo exógeno desestabilizador de su *blizhneye zarubezhye*. Esa presión internacional fue procesada por unas élites inmersas en un contexto interno caracterizado por la recentralización del poder y la recuperación de capacidades estatales, circunstancia que favoreció la adopción de respuestas materializadas

en políticas de securitización. En diciembre de 2007 se celebraron las elecciones a la Duma, en las que Rusia Unida obtuvo el 63,3 % de los sufragios, y en marzo de 2008 las presidenciales, donde Dmitri Medvédev –asistente y protegido de Putin– alcanzó el 65 % de los apoyos, lo que le permitió ser investido presidente. Dicho esto, resulta erróneo concebir a las élites rusas como un cuerpo homogéneo que cierra filas de manera automática en torno a la figura de Putin. En páginas anteriores se ha identificado al grupo de los *siloviki*; sin embargo, la designación de Medvédev como candidato presidencial del oficialismo obliga a presentar otros tres grupos: el grupo de San Petersburgo –al que pertenece el propio Medvédev–, los tecnócratas y, por último, los yeltsinianos. De entre todos ellos, los *siloviki* y el grupo de San Petersburgo son los preeminentes. La elección de Medvédev supuso un avance significativo de este último grupo a la primera línea del poder, condicionando al resto de facciones a alinearse con la orientación marcada. Este movimiento generó tensiones en las altas instancias del Estado, incluso después de que Putin asumiera el cargo de primer ministro, función desde la cual, como mediador entre ambas esferas, desempeñó un papel importante en la gestión de los equilibrios internos (Sánchez Andrés, 2008).

A colación de la cuestión del déficit democrático, existe un debate en torno a si la tendencia a la securitización fue instrumentalizada por el gobierno como mecanismo de control interno o si, por el contrario, la ansiedad generada por el entorno de amenaza percibido respondía a preocupaciones genuinas dentro de las élites políticas y de seguridad, como propone Peter J. S. Duncan (2013). Una interpretación que parece plausible en esto respecto a la reacción ante Occidente es que: en primer lugar, el contexto interno provocó que el sistema doméstico fuera más proclive a la securitización. Los problemas internos de Rusia fueron interpretados por las élites como problemas de seguridad nacional, es decir, no como retos al uso sino como una amenaza ontológica que requiere acciones extraordinarias, como el control férreo de la burocracia sobre el mercado (Sakwa, 2008: 472). Ese estado de excepción sempiterno provoca que esas medidas se hagan permanentes y, como consecuencia, se tiende a “desdemocratizar” la sociedad (Forsberg & Patomäki, 2023: 24). Aunque esto ocurra, no significa que el régimen carezca de legitimidad interna. Según el Levada Center –referencia académica para el estudio de la opinión pública rusa–, el índice de aprobación de Putin entre el 2007 y el 2008 era de media un 82,8% (Levada, 2026). Esos datos indican un índice de aprobación muy elevado para cualquier Jefe de Estado en una encuesta de opinión pública por lo que se puede suponer un contrato social tácito entre la sociedad rusa y su líder.

Expuesto lo anterior, corresponde incorporar la variable independiente: las presiones sistémicas internacionales, esto es, el programa neoliberal de impronta monista promovido por Occidente desde los años noventa (Sakwa, 2016; 2020; 2023). En un contexto de securitización, la élite rusa percibe el

orden como una herramienta política hostil. Por ello reacciona recurriendo al neorrevisiónismo: cuestiona la aplicación unidireccional de las reglas, pero no pretende cambiar todo el sistema (Sakwa, 2016: 35). Reclama aquellas partes que le permiten ejercer poder, como su derecho de veto en la ONU. Esta lógica se hace palpable en el modelo de desarrollo ruso, que combina capitalismo de Estado y neoliberalismo: no pretende romper con el mercado global, pero mantiene el control férreo sobre sectores estratégicos como los hidrocarburos (Forsberg & Patomäki, 2023: 24).

Sin embargo, el punto de ruptura llegaría en la Cumbre de la OTAN celebrada en Bucarest en el año 2008 (Sarotte, 2021: 348), lugar donde comenzaron las negociaciones formales para la adhesión de Albania y Croacia. Por su parte, Rumanía había entrado en la Alianza apenas cuatro años antes, en el 2004, junto a otros seis países de la antigua órbita soviética. De la misma manera que se les había prometido a los rumanos entrar en la Alianza en la Cumbre de Praga en el 2002, en Bucarest esa expectativa fue trasladada a georgianos y ucranianos: “La OTAN acoge con satisfacción las aspiraciones euroatlánticas de Ucrania y Georgia de ingresar en la OTAN” (NATO, 2008).

La reacción de la élite rusa ante la perspectiva de una ampliación atlántica hacia su exterior más inmediato fue particularmente enérgica y se articuló mediante una escalada retórica que combinaba la advertencia militar explícita con la formulación de un veto geopolítico categórico. Del lado castrense, el general Yuri Baluyevsky, a la sazón Jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas rusas, declaró que Rusia estaba considerando la posibilidad de adoptar medidas militares y de otra índole en su fronteras si ambos Estados se unían a la Alianza (Deutsche Welle, 2008). La declaración de este militar fue inequívoca en su intención disuasoria, a la vez que en el plano diplomático Alexander Grushko, viceministro de Asuntos Exteriores, expresó su desaprobación desde una perspectiva más de orden: “La pertenencia de Georgia y Ucrania a la Alianza es un enorme error estratégico que tendría consecuencias gravísimas para la seguridad paneuropea” (Reuters, 2008). El adjetivo “paneuropeo” no es baladí, pues pretende desplazar el interés particular ruso hacia la estabilidad continental europea, trayendo a colación la idea de la seguridad colectiva y de que, si uno no está seguro, nadie lo estará. Por último y en la cúspide, el propio Putin clausuró cualquier ambigüedad interpretativa al calificar la expansión de la OTAN como “una amenaza directa contra Rusia” (Dawar, 2008).

No puede, por tanto, obviarse que la parte rusa había exteriorizado su disconformidad con inequívoca claridad respecto a la amenaza que percibía ante la extensión de las fronteras de la OTAN, y así lo entendieron otros miembros de la Alianza. Los Planes de Acción para la Adhesión se paralizaron ante la preocupación expresada por Alemania y Francia de que una política de cerco a Rusia –con Putin presente– constituiría una medida innecesariamente

provocadora (Sakwa, 2016: 4; Hill, 2018: 240). La parte estadounidense, sin embargo, operaba bajo coordenadas estratégicas diferentes: la administración Bush se mostraba sustancialmente más proclive a la adhesión de Kiev y Tiflis (Mearsheimer, 2014: 2), en lo que constituía una apuesta por la adhesión definitiva del espacio postsoviético dentro de la arquitectura euroatlántica y una lectura del conflicto en ciernes que infravaloraba la reacción rusa.

Sin embargo, la cuestión de fondo era realmente peor de lo imaginable. La OTAN estaba prometiendo que ambos Estados entrarían dentro de la organización pero sin tan siquiera alguna garantía de protección ante algún eventual ataque. El presidente Bush y Putin tuvieron una cumbre bilateral en Sochi, a orillas del Mar Negro, en la que no resolvieron los problemas que suscitaba la ampliación de la Alianza. Las tensiones, lejos de contenerse, se intensificaron progresivamente hasta estallar a principios de agosto de 2008, cuando Rusia supo explotar la impaciencia del presidente georgiano, Mijail Saakashvili, por restaurar el control sobre la región de Osetia del Sur, empujando a Tiflis a un conflicto armado que perdió de forma rápida.

Las consecuencias del conflicto ruso-georgiano se pudieron percibir en diferentes planos y determinaron el devenir de orden de seguridad europeo. En primer lugar, Rusia finalmente consigue reafirmarse mediante el uso de la fuerza y valida su pretensión de ejercer un privilegio sobre lo que considera su esfera de influencia. Esta reclamación pasa de encontrarse en el plano meramente discursivo para materializarse. En segundo lugar, su rápida victoria no solo consiguió consolidar el poder militar ruso, sino que cristalizó en una gran influencia rusa sobre las regiones de Osetia del Sur y Abjasia, cuyo reconocimiento como Estados independientes operó como una respuesta al reconocimiento occidental de la independencia de Kosovo. Rusia recurre a una especie de lógica de reciprocidad selectiva al respecto de los principios de soberanía e integridad territorial que explotará también en Ucrania. La crisis selló con la pérdida de relevancia de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) en la arquitectura de seguridad europea, a pesar de haber sido la única organización que proporcionó información fiable a ambos lados del frente. En el plano diplomático, por su parte, la presidencia rotatoria francesa de la UE, y en particular el presidente Nicolas Sarkozy, salieron reforzados al mediar un alto al fuego, esto sitúa a la UE como un actor capaz de intermediar en la resolución del conflicto entre las partes, aunque dentro de unos límites que no cuestionaban el resultado militar sobre el terreno (Hill, 2018: 240).

Ahora bien, la cuestión principal que la guerra puso de manifiesto radica en que Rusia fue tratada y reconocida, *de facto*, como una gran potencia. Aunque la potencia de las fuerzas armadas aún se encontraba lejos de ser un instrumento mediante el cual proyectar poder. A partir de este momento, las

fuerzas armadas rusas comenzaran un proceso de reforma (Sánchez Ortega, 2020: 175). También el conflicto evidenció que ni la OTAN ni los EEUU estaban dispuestos a intervenir sobre el terreno en lo que consideraban el exterior cercano ruso, estableciendo un precedente de no intervención militar occidental que se reiteraría, con consecuencias aún más graves, en las crisis ucranianas de 2014 y 2022.

5. Conclusiones

Las tensiones entre Rusia y Occidente aumentaron paulatinamente porque nunca se creó una arquitectura de seguridad paneuropea que integrara a Rusia en pie de igualdad, como Gorbachov propuso. Las sucesivas ampliaciones de la OTAN fueron denunciadas por Rusia sin ser atendidas, pero la reacción más categórica se produjo a partir de la Cumbre de Bucarest de 2008, cuando se invitó a Georgia y Ucrania a formar parte de la Alianza. Alemania y Francia fueron conscientes de que con ello se amenazaba el exterior cercano ruso.

Al principio del periodo, Rusia priorizó la integración económica internacional y el acercamiento a Washington, indispensable para su reforma interna. El FPC de 2000 establecía la necesidad de cooperar con la OTAN, aunque ya entonces se hacía palpable que dicha cooperación podía entrar en conflicto con el objetivo ruso de reivindicar su zona de influencia.

La Cumbre de Bucarest se revela como un punto de inflexión. Desembocó en la guerra de Georgia, donde se evidenció el papel secundario de la OSCE y que Occidente no protegía a sus socios estratégicos ante una respuesta rusa contundente. La percepción del cerco estratégico por parte de la OTAN ha provocado que Rusia se institucionalice en torno a esa misma narrativa, lo que le ha proporcionado un motivo para presentar la guerra en Ucrania como defensiva.

El análisis muestra que las presiones exógenas fueron condición necesaria, pero no suficiente, para explicar el giro discursivo ruso. Esas presiones internacionales, unidas a las transformaciones experimentadas por el Estado ruso y al aumento del margen de maniobra percibido por sus élites dirigentes, favorecieron la adopción de una política exterior crecientemente asertiva. En este sentido, el realismo neoclásico ofrece una explicación más matizada que una interpretación exclusivamente sistémica, al mostrar cómo las presiones del entorno internacional fueron mediadas por factores domésticos antes de traducirse en una política exterior diferente.

6. Bibliografía

- Carpenter, G. T., & Stone, A. (1997). Nato Expansion Flashpoint No. 1: The Border between Poland and Belarus. *Cato Institute*, 1-7. Retrieved from <https://www.jstor.org/stable/resrep04821>
- Dawar, A. (2008, Abril 4). Putin warns Nato over expansion. *The Guardian*. Retrieved Mayo 2026, 17, from <https://www.theguardian.com/world/2008/apr/04/nato.russia>
- Deutsche Welle. (2008, Noviembre 4). Talking Tough. *Deutsche Welle*. Retrieved Mayo 16, 2026, from Deutsche Welle: <https://www.dw.com/en/russia-talks-tough-in-response-to-natos-eastward-expansion/a-3261078>
- Diesen, G. (2024). *The Ukraine War & the Eurasian World Order*. Atlanta: Clarity Press.
- Duncan, P. J. (2013). Russia, the West and the 2007–2008 Electoral Cycle: Did the Kremlin Really Fear a ‘Coloured Revolution’? *European and Asia Studies*, 1-25. Retrieved from <https://www.jstor.org/stable/23438711>
- Forsberg, T., & Patomäki, H. (2023). *Debating the War in Ukraine Counterfactual Histories and Future Possibilities*. London and New York: Routledge.
- Hill, F. (2022, Marzo 31). “*This Is One Man’s War, One Man’s Choice*”. Retrieved from Internationale Politic Quarterly: <https://ip-quarterly.com/en/one-mans-war-one-mans-choice>
- Hill, W. H. (2018). *No Place for Russia: European Security Institutions Since 1989*. New York : Columbia University Press.
- Kennan, G. (1997, Febrero 5). A Fateful Error. *The New York Times*. Retrieved from <https://www.nytimes.com/1997/02/05/opinion/a-fateful-error.html>
- Kortunov, A. (2019, Enero/Marzo). Between Polycentrism and Bipolarity. *Russia in Global Affairs*(1). Retrieved from <https://eng.globalaffairs.ru/articles/between-polycentrism-and-bipolarity/>
- Lavrov, S. (2014, Octubre 28). *Foreign Minister Sergey Lavrov’s interview with the All-Russia State Television and Radio Broadcasting Company regarding the birthday of Yevgeny Primakov*. Retrieved Abril 19, 2026, from The Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation: https://www.mid.ru/ru/press_service/minister_speeches/1716438/?lang=en
- Levada Centre. (2026, Mayor 15). *Putin’s Approval Rating*. Retrieved from Levada Centre: <https://www.levada.ru/en/ratings/approval-of-the-authorities/>
- Lobell, S. E., Ripsman, N. M., & Taliaferro, J. W. (2009). *Neoclassical realism, the State, and Foreign Policy*. Cambridge : Cambridge University Press.
- Lobell, S. E., Ripsman, N. M., & Taliaferro, J. W. (2016). *Neoclassical Realist Theory of International Politics*. Oxford: Oxford University Press.

- Lukyanov, F. (2014, Enero 15). Russia will not be a spoiler in Iraq. *Al-Monitor*. Retrieved Mayo 6, 2026, from <https://www.al-monitor.com/originals/2014/06/russia-iraq-policy-worldview.html>
- McFaul, M. (2020). Putin, Putinism, and Domestic Determinants of Russian Foreign Policy. *International Security*, 95-139. doi:10.1162/isec_a_00390
- Mearsheimer, J. J. (2014, Agosto 18). *Why the Ukraine Crisis Is the West's Fault: The Liberal Delusions That Provoked Putin*. Retrieved from Foreign Affairs: <https://www.foreignaffairs.com/articles/russia-fsu/2014-08-18/why-ukraine-crisis-west-s-fault>
- Milosevich-Juaristi, M. (2018). La UE y Rusia: entre la confrontación y la interdependencia. *Real Instituto Elcano*. Retrieved from <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/la-ue-y-rusia-entre-la-confrontacion-y-la-interdependencia/>
- Morales, J. (2019). Las relaciones internacionales en Rusia: desarrollo, enfoques y debates. *Revista Española de Derecho Internacional*, 7(1), 139-162. Retrieved from 10.17103/redi.71.1.2019.1.05
- Morales, J. (2020). Identidades e intereses de Rusia hacia Europa: de la inclusión limitada a la (auto-) exclusión. In R. Ruiz-Ramas, J. de Andrés Sanz, & J. Morales, *La Unión Europea y Rusia cara a cara: relaciones, conflictos e interdependencias* (pp. 27-56). Valencia : Tirant lo Blach .
- Morales, J. (2022). ¿Qué fue de la “casa común europea”? : Perecepciones de Europa en la política exterior de Rusia. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*(45), 457-472. doi:10.12795/araucaria.2020.i45.1
- NATO. (2008, Abril 3). *Bucharest Summit Declaration*. Retrieved from NATO: <https://www.nato.int/en/about-us/official-texts-and-resources/official-texts/2008/04/03/bucharest-summit-declaration>
- Primakov, Y. (2005). International Relations on the Eve of the 21st Century: Problems and Prospects. In A. Melville, & T. Shakleina, *Russian Foreign Policy in Transition: Concepts and Realities* (pp. 208-2019). Budapest and New York : Central European University Press.
- Putin, V. (2001, September 13). *On Russian President Vladimir Putin's Telegram of Condolence to US President George Bush* . Retrieved Abril 19, 2026, from The Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation: https://mid.ru/es/foreign_policy/international_safety/1640713/?lang=en
- Putin, V. (2005). Russia at the Turn of the Millennium. In A. Melville, & T. Shakleina, *Russian Foreign Policy in Transition: Concepts and Realities* (pp. 212-234). Budapest and Ney York : Central European University Press.

- Radio Free Europe/ Radio Liberty . (2000, Marzo 27). *Newsline - March 27, 2000*. Retrieved April 20, 2026, from Radio Free Europe/ Radio Liberty : <https://www.rferl.org/a/1142123.html>
- Reuters. (2008, Abril 4). Russia criticizes NATO pledge to Ukraine, Georgia. *Reuters*. Retrieved Mayo 16, 2025, from <https://www.reuters.com/article/world/russia-criticizes-nato-pledge-to-ukraine-georgia-idUSL03154839/>
- Ríos Sierra, J. (2024). Comentario. Henry Kissinger (1923-2023): diplomacia, equilibrio de poder y orden internacional. *Geopolítica(s)*, 15(1), 295-307. doi:10.5209/geop.96524
- Ruiz Ramas, R. (2016). Introducción. In R. Ruiz Ramas, Morales, Javier, R. Ferrero, E. Pardo, P. González, & F. J. Ruiz, *Ucrania: de la Revolución del Maidán a la Guerra del Donbás* (pp. 17-30). Salamanca: Comunicación Social.
- Rumer, E. (2019, Junio 5). *The Primakov (Not Gerasimov) Doctrine in Action*. Retrieved April 2026, 19, from Carnegie Edowment of International Peace: <https://carnegieendowment.org/research/2019/06/the-primakov-not-gerasimov-doctrine-in-action?lang=en>
- Russian Federation. (2000). *Foreign Policy Concept of the Russian Federation*. Concepto de Política Exterior.
- Russian Federation. (2008). *Foreign Policy Concept of the Russian Federation*. Concepto de Política Exterior.
- Sakwa, R. (2008). *Russian Politics and Society*. London and New York: Routledge.
- Sakwa, R. (2016). *Frontline Ukraine: Crisis in the Borderlands*. London: I.B. Tauris.
- Sakwa, R. (2017). *Russia Against the Rest: the Post-cold War Crisis of the World Order*. Cambridge and New York : Cambridge University Press.
- Sakwa, R. (2020). Rusia, Ucrania y la UE entre dos modelos: monismo frente a pluralismo. In R. Ruiz-Ramas, J. de Andrés, & J. Morales, *La Unión Europea y Rusia cara a cara: relaciones, conflictos e interdependencias* (pp. 107-122). Valencia: Tirant lo Blanch.
- Sakwa, R. (2023). *The Lost Peace: How the West Failed to Prevent a Second Cold War*. New Haven and London: Yale University Press.
- Sánchez Andrés, A. (2008). Claves de la Rusia de Medvedev (ARI). *Real instituto Elcano*. Retrieved from <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/claves-de-la-rusia-de-medvedev-ari/>
- Sánchez Ortega, A. (2020). La política exterior rusa y sus relaciones con Occidente: una visión desde el realismo neoclásico. *Revista Española de Derecho Internacional*, 72(1), 163-186. Retrieved from <https://www.revista-redi.es/redi/article/view/507>

- Sarotte, M. E. (2021). *Not One Inch: America, Russia, and the Making of Post-Cold War Stalemate*. New Heaven: Yale University Press.
- Trenin, D. (2019, Agosto 28). *20 Years of Vladimir Putin: How Russian Foreign Policy Has Changed*. Retrieved Abril 20, 2026, from Carnegie Moscow Centre: <https://carnegie.ru/publications/79742>
- Veiga, F. (2022). *Ucrania 22: la guerra programada*. Madrid: Alianza Editorial.

